

En “El artista como etnógrafo” (1996), Hal Foster hace hincapié en el giro que ha dado el arte contemporáneo, ámbito en donde se observan proyectos que buscan extender la institucionalidad artística hacia el trabajo *con* y *desde* la comunidad, dando paso a la reflexión teórica de la cultura –y consecuentemente del arte.

En este contexto, Alzaprima va sumando ediciones y aumenta en ella el número de textos dedicados a investigaciones en que las fronteras y conexiones de la discusión se hacen cada vez más complejas y diversas. De este modo, nos definimos en un campo de estudio –el de las Artes Visuales– que pareciera haber extraviado sus límites específicos, propiciando un “hacer” interdisciplinario que apuesta por un sistema de procesos relacionales. Dicha multiplicidad disciplinaria nos permite, a la vez, marcar referencias específicas respecto a cómo se investiga y cómo esos saberes se legitiman en la experiencia de producción de obra y sus respectivos marcos discursivos.

Por lo anterior, más que zanjar límites o fronteras entre los diversos campos, o imponer determinadas definiciones, este número quiere destacar la vigencia del debate que surge desde la comprensión del contexto del arte. Así, lo investigativo sugiere una forma de experiencia que consiste en un sistema operativo de anexiones y cortes, proceso en que distintos saberes –historia, antropología, estudios decoloniales, sociología e incluso desde otras disciplinas del arte como la literatura y el sonido– se articulan para generar condiciones que favorecen y vitalizan la aparición de nuevos territorios artísticos-culturales.

Es precisamente esta condición la que enfatiza este cuerpo editorial, pues cada uno de los artículos publicados va generando, a su vez, zonas de inflexión referencial, cruces teóricos y, por cierto, estéticos.

Así, el artículo de Pablo Angulo, Claudia Arrizaga, Paulina Barrenechea, Marianela Concha, Rebeca Olea, Gonzalo Ortega y Pamela Vergara nos plantea desde los estudios decoloniales un abordaje interdisciplinario que reflexiona en torno al patrimonio cultural, entendido como territorio e identidad local, y cómo éste se tensiona frente a los relatos oficiales y eurocentristas que silencian la expresión del *otro* como valor de memoria.

En segundo lugar, a partir de la exposición *Vacíos*, el artículo de Alex Vigore propone un desplazamiento y cruce entre poesía y Artes Visuales, reflexionando sobre el soporte escritural y gráfico que se testimonia en la lectura y la acción, tensionando estos dos campos a través de una discusión relacional.

Posteriormente, Juanita Vergara situada en la Posmodernidad como lugar de espacio múltiple y fragmentado, se refiere a los modos de representación del tiempo y el espacio de la imagen a partir de la obra de David Salle, posibilitando interpretaciones de la obra del artista como operaciones formales de montaje que permiten romper los límites entre alta y baja cultura.

Y en el último de los artículos Javier Ramírez nos plantea una relectura de la historiografía del arte nacional a través de diversos autores chilenos, poniendo especial énfasis en los planteamientos de Roger Chartier, deteniéndose en el problema del documento y su representación, y apela a una mirada historiográfica que amplíe las escrituras y sus métodos.

En la modalidad de Creación, nos enfrentamos a diferentes sistemas de producción visual que enuncian, a través de sus estrategias y operaciones formales, un vínculo entre la práctica de arte y la construcción de un territorio común que abastece a los “saberes”.

Así podemos reconocer a la destacada poeta y artista visual chilena residente en EE.UU., Cecilia Vicuña, quién nos muestra desde su exposición en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (2014), parte de sus archivos personales que actúan como activadores de la memoria. Utilizando un montaje específico para sus registros, archivos e instalaciones nos lleva a re-contextualizar sus trabajos, como el de “Artists for Democracy” que tuvo lugar en Londres en 1973 como parte de los medios organizativos del Festival de las Artes por la Democracia en Chile.

Por otra parte, Vania Caro, nos interpela a través de operaciones territoriales que relacionan el relato de la tragedia, el abandono y los inmigrantes de la localidad de Alto Hospicio, reconociéndolo como un espacio político, público y democrático. Así, mediante una estrategia de recolección de ropa usada en ferias locales, releva el concepto de “hogar” como un mapa participativo que visibiliza el tránsito de estas telas desde la ciudad hasta la periferia.

En tercer lugar, con un macizo trabajo pictórico, Francisco Bruna nos invita a abordar el carácter residual de las imágenes que circulan por los medios de comunicación masivos, dando énfasis al olvido permanente que encierra la inmediatez del flujo de imágenes en los medios.

Finalmente, en un trabajo colectivo y desde las experiencias de sus procesos de producción visual, Paz Carvajal, Claudia Missana y Ximena Somoza, discuten sobre la expansión de los límites de la creación situándose constantemente en un borde que desborda las referencias.